

Crónica del teatro

CUATRO ESTRENOS EN EL DOMINGO DE RESURRECCION

● MARIA GUERRERO: "El círculo de tiza caucasiano", de Bertolt Brecht.

BRECHT, POR DONDE ILUMINA

Teatro María Guerrero: "El círculo de tiza caucasiano", de Bertolt Brecht, en un prólogo y dos partes. Versión española del texto alemán, de Pedro Laín Entralgo. Música de Paul Dessau. Intérpretes principales: María Fernanda d'Ocón, José Bódalo, Gabriel Llopart, Arturo López, Félix Dafaucé, Luis García Ortega, Margarita García Ortega, Luisa Rodrigo, Julia Trujillo, Ana María Ventura, Paco Hernández, Félix Navarro, José Luis Heredia, María Luisa Arias y el niño Tito Ibarzábal, en un conjunto de 79 personajes. Cantantes, Pepita Sánchez y Flor de Bethania. Dirección de escena de José Luis Alonso. Dirección musical de Pedro Luis Domingo. Decorados de Sigfrido Burmann, realizados por Manuel López. Figurines de Javier Artinano. Estreno, 11 de abril de 1971.

Tracen ustedes un círculo de tiza en el suelo. Coloquen en su centro una gallina, verbigra. Conocerán ustedes entonces un fenómeno quizá no calculado previamente por ustedes hasta entonces: por de pronto, una gallina perpleja. La "vieja sabiduría", a la que hay que seguir añadiendo cada jornada, como pide Brecht, nuevas sabidurías, descubrió en ese círculo posible de tiza la más cabal alegoría del condicionamiento humano. Para quien nunca haya oído hablar de ello, que buena cantidad de gente sencilla habrá, seguramente, que jamás se haya detenido a pensarlo, recordáremos que la leyenda, leyenda oriental, de "El círculo de tiza" tiene un origen milenar, una ejemplaridad—ejemplaridad didáctica, sobre estructura de apólogo—equivalente a la cristiana lección bíblica del juicio de Salomón y un alcance, oriental y occidental, no menos milenar, si es que al hombre y la Tierra le quedan milenios por vivir, capaz de traspasar—íbamos a escribir de transgredir—cuantos reos círculos concéntricos de tiza le vayan siendo dibujados alrededor. Sobre esa vieja leyenda china, leyenda de carácter procesal, montó un poeta austriaco, Klabund, su pieza dramática "El círculo de tiza", que Bertold Brecht transfiguró, mediante un prólogo suscitador de incabables transferencias y multiplicaciones de sentido, y el correspondiente tratamiento épico característico de su dramaturgia, en "El círculo de tiza caucasiano". Por supuesto, su obra maestra.

A quien primero oí yo hablar, por cierto, de "El círculo de tiza caucasiano" como pieza capital en el teatro de Brecht, en un tiempo en que uno vivía entregado—más todavía—a su indolencia y sus conciertos, cuando apenas nadie hablaba en España de un tal Bertold Brecht, fue a mi maestro inolvidable en el ejercicio periodístico, don Nicolás González Ruiz. Séale rendido hoy este pequeño homenaje justiciero públicamente a su "vieja sabiduría". Ahora que llega, al fin, esa obra maestra a un escenario nacional, con década y pico de retraso, en muchos sentidos ya irreparable. Llegó "El círculo de tiza caucasiano" traído por la mano tan sensible como firme—y la espléndida jornada de anoche en el María Guerrero lo reiteró con creces, una vez más—de José Luis Alonso. Y perfectamente ahormado para que no se pierda una tilde siquiera del "espíritu de la letra", en un texto vivaz, de absoluta transparencia, que debemos agradecer a Pedro Laín Entralgo. Proviene, al parecer, de traducción directa del texto alemán, y lo de menos ya es que no hayan de sufrir nuestros oídos en su castellano ni los "atados", ni los "mis amigos" ni otras linderas galicistas que acostumbra a deslizarse en las versiones hasta ahora difundidas. (Es curioso, en cambio, que hayamos oído atribuir, en comentarios de espectadores cercanos, a añadidura e invención de Laín, deseo de actualizar significaciones, esa alusión a "los coches para quienes los conducen", inamovible, desde Brecht acá, en el texto original.) Lo importante en la traslación de Laín, a nuestra manera de ver, por encima de toda tersura y nitidez de lenguaje, aquí evidentes, está en el respeto a la intencionalidad esencial del pensamiento original, de que hablábamos el otro día a propósito de los clásicos. Intencionalidad susceptible de flexibles interpretaciones en su ejecución, y que en Laín, gustoso de subrayar lo que hay en Brecht de exaltación de la menesterosidad humana—cristiana—de justicia, abnegación y amor. En otras palabras: que ha sabido, sin tralclonarle, tomar a Brecht como es debido, no por donde quema, sino por donde ilumina.

La fidelidad de José Luis Alonso en su montaje, dentro de peculiaridades suyas muy personales, no es menos notable, al menos en la famosa y aquí imprescindible, táctica de "distanciamiento". Subrayada por Alonso, y esto al margen de la estructura básica—épico-narrativa—de la pieza, con la alternancia bien medida de escenas de ingenio y hondo dramatismo—ingenuo, para aviso de maliciosos incurables, nunca es vocablo despectivo—con escenas de farsa y esperpento. Alternancia eficazmente apoyada en las máscaras para uso de personajes-marionetas, por ejemplo, o en los cómicos pasos de ballet, vertiginosos o "al ralenti", de los inexpressivos y expresivos coraceros.

Sencillo, hábil y honradamente utilitario, como un inmenso feudo blanco, el escenario ofrecido por el viejo Burmann, que facilita extraordinariamente, con el juego de telones y de elementales servicios, sobre carras de la

escenificación imprescindible, la versatilidad y rapidez de mutaciones. La plataforma giratoria del María Guerrero se aprovecha especialmente, aunque no al máximo de posibilidades, en el cuadro de la fuga de Grucha a las montañas del norte. También hay que elogiar los figurines de Artinano, que en escenas como el grotesco retablo de las bodas lucen en armoniosa polícromía, aun a base de andrajos, su belleza.

La interpretación de "El círculo de tiza caucasiano", bajo la guarda cuidadosa de José Luis Alonso, está al nivel que exige la altura de concepción de su montaje. Nada menos que setenta y nueve figurantes, sin que uno solo se le vaya de la mano. No es parvo mérito. Gabriel Llopart es el cantor-narrador. Arturo López, Félix Dafaucé, Luis García Ortega, Luisa Rodrigo—espléndida suegra—, Margarita García Ortega, Julia Trujillo, Ana María Ventura, Félix Navarro, José Luis Heredia, asumen con Gabriel Llopart, y a veces "doblan", papeles principales. Todos hacen honor a su nombre. Nombres que encabezan María Fernanda d'Ocón, en la materna Grucha, y José Bódalo, en el astuto amanuense campesino, improvisado juez a la manera del manchego Sancho. Sobre María Fernanda, siempre dentro de escena, carga el tremendo peso interpretativo de la pieza. María Fernanda sale de él triunfante, en una de las mejores creaciones escénicas que de ella hayamos visto. Bódalo es, a su vez, hombre soñado, pintiparado para encarnar a esa elemental humanidad, con fuerza de riada, que se desborda en el honrado campesino Azdak constituido en juez. La tempestad de "bravos" y ovaciones que anoche compartieron María Fernanda d'Ocón y Bódalo, junto a José Luis Alonso, Pedro Laín y el completo de intérpretes sobre la escena del María Guerrero, al final de la representación de "El círculo de tiza caucasiano", nos complace-mos en rubricarla aquí públicamente.

José María CLAVER